Miércoles, 18 de abril 2012

América: El precio de la supremacía

http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2012/04/america-price-of-supremacy.html

Se ha desarrollado una mitología compleja y tautológica según la cual, durante y después de la Segunda Guerra Mundial, EE.UU. ha pasado de ser un poder regional a ser un imperio global. Estas cosas pasan, y podemos encontrar parecidos con otros imperios que tuvieron su propio mito imperial como el romano, el español, el británico o cualquier otro en el que usted pueda pensar. Sin embargo, versión americana merece que se le preste mucha atención, porque hay factores oscuros que se deben explicar para entender por qué el imperio estadounidense se precipita por la curva de su declive.

La mitología funciona más o menos así: en las postrimerías de la Primera Guerra Mundial, Estados Unidos abdicó de las responsabilidades internacionales que había asumido brevemente durante esa guerra, se negó a unirse a la Liga de las Naciones y se distanció de la política mundial. En el vacío que se creó, la llegada de la Gran Depresión incrementó al máximo los conflictos que habían llevado al mundo a la Gran Guerra en 1914. Cuando Japón invadió China y Alemania se preparaba para la guerra, los Estados Unidos seguían enfrentados en un largo conflicto político entre aislacionistas, que más o menos querían construir un muro alrededor del país y aislarlo del resto del mundo, y los que preconizaban que Estados Unidos tenían una responsabilidad con el resto del mundo. Esa lucha sólo terminó con el ataque japonés a Pearl Harbor; a partir de entonces el pueblo estadounidense olvidó su división y se empeñó en ganar la guerra. Una vez que ganada la guerra no quisieron repetir el error de 1919, y ejercieron el liderazgo mundial que Estados Unidos mantiene en la actualidad.

Hasta aquí la mitología. La realidad era mucho más confusa.

Para empezar, el conflicto entre aislacionistas e internacionalistas era mucho más complejo que lo que sugiere el mito. Los gobiernos republicanos aislacionistas de la década de 1920 no tuvieron ningún impedimento en utilizar de manera entusiástica a sus infantes de marina para imponer regímenes títeres en América Central y en el Caribe y mantener a toda máquina la bomba de riqueza (entendiendo bomba no como artefacto explosivo, sino como aparato de extracción de las riquezas de Sudamérica hacia los EE.UU.). El aislamiento que los aislacionistas buscaban era simplemente una cuestión de distanciar los EE.UU. de las mortales contiendas del Viejo Mundo. Detrás de su política estaba una visión de la política global en la era posterior al domino británico que dividió el mundo en esferas de influencia independientes, cada una de ellas bajo el control de una gran potencia. América Latina, de acuerdo con este esquema, fue la presa natural de los Estados Unidos, y ahí es donde los aislacionistas centraron su atención en los años de entreguerras. Ellos no eran el único grupo influyente con la misma idea; el gobierno japonés fue trazando una esfera de influencia similar, aplicando el su sueño de una Esfera de Prosperidad asiática, el Gran Oriente, que sojuzgaría el este de Asia al servicio de la bomba de generación de riqueza para el Japón.

Por otra parte, los internacionalistas eran anglófilos, y también querían imaginar el futuro glorioso de América, un futuro en el que las repúblicas bananeras centroamericanas apenas contaban. El sueño de un imperio global formado por una futura unión estadounidense-británica en realidad nunca había perdido su influencia en los círculos anglófilas, mientras que otros menos amantes de Gran Bretaña, pero no menos ambiciosos habían comenzado a imaginar un futuro en el que los Estados Unidos serían la fuerza dominante y Gran Bretaña un socio privilegiado pero subordinado; así todo el planeta cebaría la bomba de la riqueza estadounidense. Su visión del mundo post-británico estuvo guiada por una disciplina que hoy apenas se cita, la ciencia o pseudociencia de la geopolítica, que argumenta que la distribución (entendida como reparto o rapiña) de los continentes, los océanos y los recursos podría ser interpretado como un modelo para el establecimiento de un imperio mundial.

En la actualidad vas a tener que indagar mucho para encontrar información sobre geopolítica, salvo que tengas la suerte (algo muy raro) de vivir cerca de una biblioteca universitaria que no sigua la práctica habitual de eliminar de su inventario los libros que no consideran lo suficientemente modernos. Si

consigues encontrar libros sobre el asunto, y te aseguro que merece la pena buscarlos, deberías leer el admirable libro de Alfred Thayer Mahan “La influencia del poder marítimo en la historia (The Influence of Sea Power on History)”. Sean válidas o no las teorías expuestas, su importancia radica en que personas influyentes las creyeron ciertas y actuaron en consecuencia. Sólo si llegas a entender los conceptos básicos de la geopolítica podrás entender la política exterior de Estados Unidos desde Pearl Harbor hasta el presente.

En los escritos de Halford Mackinder y Karl Haushofer, los dos geopolíticos más influyentes de la primera mitad del siglo XX, se imaginaba el mundo como una diana gigante, con una zona central rodeada de tres (o, mejor dicho, dos y media) bandas. La zona central es el Corazón (“Heartland” o “Pivot Area”, eje o región crucial, a cuyo alrededor gira todo el mundo) que incluye la mayor parte de Eurasia desde la llanura oriental de Europa hasta el valle del río Lena en el este de Siberia. A su alrededor, la rodea por tres lados el creciente interno o marginal (“Marginal Crescent”), que se extiende desde Europa Central hasta Turquía, Oriente Medio, la India, China y el extremo oriental Siberia. A continuación, y por fuera del Creciente interno, tenemos una media franja que al occidente incluye las islas y penínsulas periféricas de Eurasia — que se comprende Islandia, Gran Bretaña y Europa occidental— y en oriente otra media tira con Japón y las islas y penínsulas del sur y sureste de Asia. Más alejado y separado del resto por océanos o por el desierto del Sahara quedaría el creciente insular (“Insular Crescent”), que comprende las Américas, África al sur del Sahara, y Australasia[1].

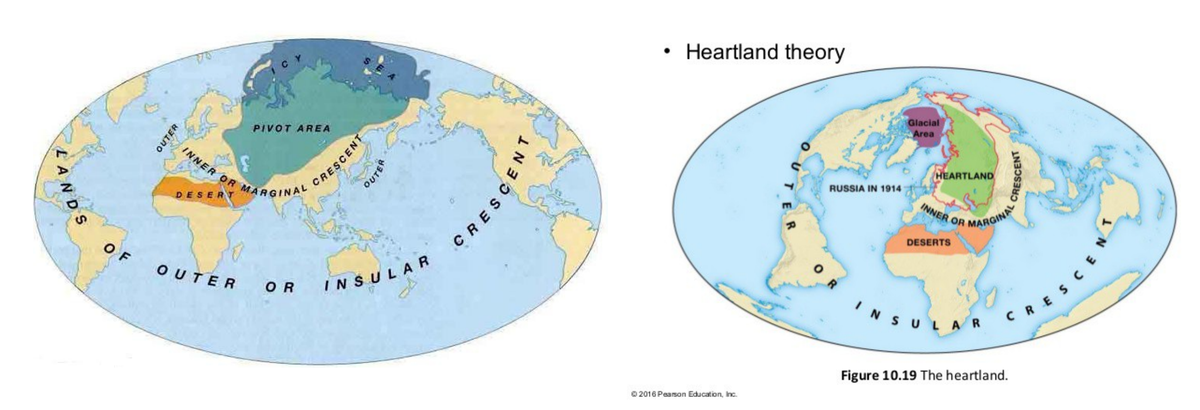


Figure 10.19 The heartland.

Los geopolíticos argumentaron que este esquema describía históricamente la estructura del imperio mundial. En el pasado, señalaron, las grandes guerras del mundo occidental moderno habían enfrentado a potencias marítimas periféricas del oeste del Creciente Interno contra un poder terrestre de la misma zona, primero Francia y después, Alemania. Hasta entonces el poder marítimo (España y más tarde la Gran Bretaña) fue capaz de aprovechar los recursos del Creciente Insular para sostener su estructura de poder en tierra (básicamente Europa occidental). Sin embargo, a medida que el centro de gravedad del poder iba desplazándose hacia el este, hacia el corazón, el acceso a los recursos continentales de Eurasia —por no mencionar el acceso a las rutas de invasión conducentes a las ricas tierras del Creciente Marginal— serviría para agotar los recursos de la potencia marítima y permitiría que una terrestre llegase a convertirse en un imperio universal. Mackinder lo expresó así en 1904: "El desplazamiento del equilibrio de poder en favor del Heartland da como resultado una expansión sobre las tierras marginales de Euro-Asia que permitiría el uso de sus vastos recursos continentales para el impulso de la flota, y el imperio del mundo sería entonces evidente".

El dominio del Heartland depende a su vez de mantener el control sobre la gran llanura del este de Europa, y esto inspiró a la tesis de Mackinder de que recibió en su día gran atención: "Quién gobierna Europa Oriental rige el Heartland; quien gobierna el Heartland manda en la Isla-Mundo; quien gobierna la Isla-Mundo ejerce el poder sobre el mundo entero"[2]. Mackinder estaba advirtiendo al público

[1] N. del T. Incluyo un par de mapas de la representación gráfica de la teoría.

[2] N. del T. La teoría también tuvo grandes detractores. Un escritor llegó a escribir lo siguiente “¿Se imaginan que en el futuro pudiera suceder cualquier evento en Afganistán que afectase realmente a la política mundial? Afganistán fue la tumba del imperio soviético y la cuna de Al Qaeda, así que sí, algo de eso pasó. Lamentablemente no puedo dar la cita de esta afirmación que oí hace muchos años en un programa de radio, la magnífica “Rosa de los Vientos” de Juan Antonio Cebrián.

británico sobre el riesgo de que un imperio alemán pudiera lograr hacerse con el control de Rusia en cuyo caso podría sustituir a Gran Bretaña como potencia dominante en el mundo. Haushofer, quien escribiría un par de décadas más tarde, retomó los temores de Mackinder como un plan de trabajo para la dominación del mundo por Alemania. Ningún geopolítico parece haber considerado la posibilidad de que dentro del Heartland pudiera surgir algún imperio ni que el creciente insular podría llegar a ser una base mucho más segura para la siguiente gran potencia marítima que una pequeña isla situada muy a trasmano en Europa occidental. Sin embargo, eso es lo que pasó.

Es necesario volver a repetir que es una cuestión secundaria para nuestros propósitos que la geopolítica sea válida o no. La geopolítica es importante en este post porque sus ideas parecen haber tenido una gran influencia en los líderes que guiaron a América durante la fase final de su ascenso al Imperio y que todavía parecen liderar la gran estrategia del imperio norteamericano que ahora se acerca a su fin. Durante las próximas semanas, vamos a explorar el lado geopolítico de la estrategia imperial estadounidense en muchas facetas, así que puede ser útil prestar atención a los párrafos anteriores. Por ahora, sin embargo, lo que nos importa es que los internacionalistas estadounidenses de entreguerras vieron la geopolítica como modelo para dominar sobre el mundo, y querían que la estructura maestra del plan llevase escrito el "Made in America". Esa fue una opinión minoritaria en la década de 1920, pero tuvo partidarios ricos e influyentes, que estaban bien situados para actuar cuando las circunstancias comenzaron a cambiar.

El primero de estos cambios fue la Gran Depresión o, más precisamente, la irresponsable respuesta de los dos principales partidos políticos estadounidenses ante el colapso económico que siguió a la caída de la bolsa en 1929. En los cruciales primeros años después del crash, demócratas y republicanos abrazaron exactamente a las mismas políticas que están adoptando ante los problemas económicos de hoy, exactamente con la misma falta de éxito, y mostraron entonces exactamente la misma falta de voluntad para abandonar políticas fallidas ante al desastre económico. Entonces, como ahora, el gobierno federal puso en marcha un programa para rescatar a los grandes bancos y corporaciones que se llamó entonces la Corporación para la Reconstrucción Financiera ("Reconstruction Finance Corporation") que inyectó ingentes cantidades de dinero en el extremo superior de la pirámide de la economía en la creencia, real o fingida, que el dinero haría su labor y recorrería su camino hacia abajo en la pirámide, cosa que por supuesto no ocurrió. Entonces, como ahora, los políticos utilizaron el mantra de un presupuesto equilibrado para exigir austeridad a todos salvo a los ricos, y cortaron los fondos de medidas sociales que podrían haber ayudado a las familias atrapadas por tiempos difíciles. Entonces, como ahora, las cosas fueron a peor, al tiempo que los medios de comunicación insistían en que las cosas estaban mejorando, y la creciente evidencia de que las medidas políticas no funcionaban se consideró la prueba irrefutable de que las mismas medidas se tenían que seguir aplicando con más fuerza.

En muchos países, este tipo de pensamiento trajo el colapso de los gobiernos democráticos y el ascenso de dictadores que lograron el poder absoluto, que hicieron lo que todo el mundo (excepto la clase política) sabía que había que hacer. En los Estados Unidos, eso nunca llegó a pasar. Lo que sucedió fue que una facción de los demócratas disidentes y ex republicanos logró hacerse con el control del partido demócrata, que no había ganado una elección presidencial desde 1916, y dio el poder a Franklin D. Roosevelt en 1932. Roosevelt, como los dictadores, estaba dispuesto a hacer lo que exigían las masas: emplear fondos públicos para crear puestos de trabajo, evitar que las familias perdiesen sus hogares por ejecución hipotecaria y reinvertir en infraestructuras de la nación que estaba en ruinas. No terminó con la Depresión, que tenía causas más profundas y en gran parte intratables como discutiremos más adelante, pero tuvo éxito, el suficiente como para que Roosevelt ganase la reelección en 1936 con una de las victorias más holgadas (aplastante, de hecho) en la historia política estadounidense.

Lo crucial del el ascenso de Roosevelt es que él era un internacionalista apasionado, y que cuando Europa se encaminó hacia la guerra, él y su gobierno hizo todo lo posible para conseguir que América se involucrase. Ese movimiento se enfrentó a una oposición feroz, y no sólo entre los aislacionistas. Un gran número de estadounidenses creía en ese momento, y no sin razón, que Estados Unidos no había recibido prácticamente nada a cambio de salvar a Gran Bretaña y Francia en la Primera Guerra Mundial; ninguno de estos dos últimos países, por ejemplo, llegó a devolver las deudas de guerra contraídas con los EE.UU.. Con estos antecedentes, a lo largo de 1940 y 1941, la administración Roosevelt intentó provocar a Alemania y Japón, tratando de que una o ambas naciones le declarasen la guerra o

ejecutaran un ataque concluyente a los intereses estadounidenses para poder contrarrestar a los aislacionistas y lanzarse de nuevo en ayuda de Inglaterra. Mientras tanto, los EE.UU. invirtieron dinero, suministros y armamento en el vacilante esfuerzo de guerra británico sin llegar a la participación activa en combate hasta que finalmente entró en guerra.

Después de Pearl Harbor, a pesar del mito, el aislacionismo no desapareció sin más. La propaganda masiva y la detención y juicio de los activistas contra la guerra acusados de muy variados delitos (el juicio más famoso fue el Proceso por la gran sedición "Great Sedition Trial", de 1944), fueron utilizados para romper la espalda al movimiento pacifista en los EE.UU.. Luego, tras la derrota de Alemania y Japón, las dos potencias que importaban, los Estados Unidos y la Unión Soviética, empezaron a pelearse por el botín y hubo que hacer lo mismo pero a mucha mayor escala, jugando con el miedo a los rojos. Así, los internacionalistas no tuvieron problemas para convertir a la Unión Soviética en el gran antagonista de los Estados Unidos debido a que los aislacionistas —que eran por lo general conservadores anticuados— detestaban el marxismo, incluso más de lo que odiaban la idea de la participación estadounidense en las peleas del Viejo Mundo. El Partido Republicano, que había derivado desde ser el partido del imperio en la década de 1890 a ser el partido del aislamiento contra Wilson, procedió a reinventarse de nuevo como más internacional que los internacionalistas a la hora de oponerse a la "Impía Rusia". Mientras tanto las fuerzas de ocupación en Alemania y Japón, por no hablar de las estacionadas en Gran Bretaña y en buena parte de sus antiguas colonias, se prepararon para una muy larga permanencia.

La estrategia oficial de los EE.UU. y sus aliados, una vez consolidaron su control sobre la mitad del mundo y miraban con inquietud al otro medio mundo controlado por Rusia y sus satélites, fue descrito por George F. Kennan en un famoso ensayo de 1947 como de "contención". Lo que esto significó en la práctica fue que los Estados Unidos establecieron una presencia militar masiva en ambos Crecientes exteriores (oriental y occidental) mientras intentar presionar a los países satélites de los soviéticos y ganar influencia sobre naciones neutrales del Creciente Marginal, y mantener bajo control de los EE.UU. y sus aliados el Creciente Insular (aplicando sobre éste la bomba de succión de sus riquezas). Salvador Allende, Patrice Lumumba, y muchos otros, pagaron el precio de esta política.

Como todo sistema imperial, éste ha tenido sus altibajos. Evitó la exitosa pero costosa política de Gran Bretaña de tener grandes regiones bajo control político directo, en lugar de eso prefirió instalar gobernantes locales que mantendrían en funcionamiento la bomba extractora de la riqueza a cambio de una pequeña porción de los beneficios. El sistema quebró en la década de 1970 cuando el otro imperio de los Estados Unidos, el imperio que adoraba y todo lo debía a los pozos de petróleo alcanzó su pico de producción y comenzó su declive permanente, y luego se lo jugó todo en la siguiente década en una audaz estrategia de guerra económica. Esa apuesta funcionó de manera espectacular, llevando a la ruina a la Unión Soviética y alimentando el boom de los años 1990, al obligar a los países del este de Europa a nutrir el negocio de la bomba de la riqueza de los Estados Unidos mientras dejaba en la ruina a la mitad de esas naciones bajo los eufemismos de la reforma económica y la economía de mercado. Durante unos años pareció que hasta la propia Rusia podría ser esclava de la bomba de la riqueza pero un contragolpe eficiente de la administración Putin alejó el botín de las ávidas manos estadounidenses. Mientras tanto, el ascenso de China dio a entender que la tesis de Mackinder había sido excesivamente eurocéntrica, y la llanura del norte de China podría llegar a ser un trampolín igual de eficaz para los recursos del Heartland como la llanura de la Europa oriental.

En resumen, la estructura básica del imperio estadounidense se ha mantenido esencialmente como era al final de la Segunda Guerra Mundial: una presencia militar global que tomó posiciones de acuerdo a los conceptos de la geopolítica, sin importar si esos eran relevantes o no; un sistema político mundial dirigido por las elites locales apoyadas por la ayuda estadounidense y, cuando fuera necesario, aplicación de la fuerza militar, con el fin del de mantenimiento de la bomba de riqueza. Un sistema donde la mayor parte de sus dispositivos están situados fuera de los EE.UU.. Un sistema económico mundial diseñado para chupar la riqueza del resto del mundo y canalizarla hacia los Estados Unidos. No obstante, el sistema da errores, falla cada vez con más frecuencia porque al imperio le cuesta ejercer todo su poder en todas partes. Al tiempo ha instaurado un sistema político nacional en el que un poder ejecutivo descomunal encabezado por una presidencia imperial mantiene las formas del gobierno constitucional mientras se arroga la mayoría de las funciones originalmente ejercidas por el Congreso, y

muchos de los derechos originalmente en manos de los Estados y las personas. Ahí es donde estamos hoy, en un imperio envejecido, cada vez más frágil, en bancarrota, pero todavía inmensamente poderoso, el imperio global de los Estados Unidos de América.

Ese es el imperio que se hunde en su ocaso mientras escribo estas palabras y que se enfrenta en las próximas décadas a su desmembración y disolución. La supremacía global que Theodore Roosevelt soñaba con lograr convirtió en una realidad, pero ahora hay que pagar el precio de esa supremacía. Empezaré a hablar de eso la próxima semana.